

yar la vida y misión del presbítero, algunas gestadas dentro de la organización propiamente diocesana y otras en grupos que más tarde pasaron a ser congregaciones religiosas o institutos seculares interdiocesanos.

El autor alude en su epílogo a las generaciones de sacerdotes vinculadas a la que él acaba de estudiar, las anteriores y las posteriores. La de la posguerra española ejerce la función de maestra de la que la sigue, pero su influjo llega más allá. De hecho, entre 1939 y 1952 desempeñan su misión un conjunto de hombres notables, auténticas figuras en la vida de la Iglesia española, cuyas biografías aparecen en otro de los apéndices de la obra. Son los que conducen a los nuevos candidatos al sacerdocio y orientan su formación: directores espirituales de seminarios y universidades (de Comillas, el P. Nieto...), obispos, creadores de obras eclesiales, pastores...

En definitiva, los méritos de este trabajo son muchos: un gran acopio de información (incluyendo una rica bibliografía final), rigor histórico, investigación de una época poco conocida hasta ahora, publicación de material apto para ulteriores estudios, múltiples referencias de personas repartidas en todo el libro, entre otros. Época difícil, por la guerra civil previa y los pocos recursos y materiales académicos e intelectuales con que cuentan quienes la viven, especialmente al principio de los años cuarenta. Época bonita, en la que se vencen numerosas resistencias y contrariedades de todo tipo gracias a la mucha calidad espiritual de estas personas.

Al mismo tiempo, el título del libro promete más de lo que da. En él se suministran datos de la espiritualidad sacerdotal, pero raramente se reflexiona sobre ellos. No hay propiamente aquí una aportación teológica a la comprensión del ministerio del presbítero. Ya hemos apuntado algunos temas que quedan sólo indicados: su identidad, su estilo de vida común, además de su liturgia propia, su oración y la misión típicamente sacerdotal diocesana. Su puesto en el conjunto de los ministerios eclesiales y la relación con el sacerdocio ejercido por consagrados apenas queda esbozada. Son temas que en nuestros días vuelven a cobrar actualidad, dado el cambio vivido en este ámbito de los tradicionalmente llamados «estados de vida» en los últimos años. Por ejemplo, ¿no parece acaso que la teología del sacerdocio secular ha adquirido últimamente más «carta de ciudadanía» en la Iglesia y, en cambio, la teología de la vida consagrada —que también cuenta con sacerdotes— acusa una mayor fragilidad? Estas y otras cuestiones no son tratadas sistemáticamente en la obra. Pero ella sí ofrece un excelente material para que la reflexión crítica ulterior pueda hacerse con mayor rigor y apoyo en la historia.—PASCUAL CEBOLLADA, S.J.

JOSÉ LUIS ILLANES, *Laicado y sacerdocio*, EUNSA, Pamplona 2001, 304p., ISBN: 84-313-1858-9.

En la presentación de su libro, el autor sitúa el origen del mismo en una serie de seminarios de profesores celebrados en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra durante el curso 1998-1999, centrados en torno a la unidad y di-

versidad de la vocación cristiana; en ellos surgió la idea de recoger algunos artículos ya publicados y otros de tema análogo; el resultado de tal recopilación y actualización es esta obra. El contexto y las referencias bibliográficas originales que se indican en estas primeras páginas nos muestran la diversidad y la confluencia temática de las aportaciones, que van desde una conferencia pronunciada en el IV Convengno di Teología Pastorale celebrado en Castello di Urìo (Como) en 1969, o la voz «Sagrado y profano», publicada en la *Gran Enciclopedia Rialp* en 1974, hasta un texto presentado en una reunión sacerdotal en 1999, o un artículo aparecido en italiano en 1999 y en castellano en el 2000; las elaboraciones de los años 1986-1987 son las más representadas.

El contenido está marcado por la polaridad que indica el título, «laicado y sacerdocio». Dividido en tres partes, la primera de ellas, «En torno a la condición y misión del cristiano», se abre con un capítulo sobre la distinción entre «sagrado y profano», que sirve para fundamentar la posterior reflexión eclesiológica; tras indicar como presupuestos de lo sagrado la trascendencia y cercanía de Dios, la corporalidad del ser humano y la realidad significativa e interpersonal que supone, se afirma la pervivencia de lo sagrado en el cristianismo (en los tres tipos de sagrado epifánico o manifestativo, ritual y latréutico), con una cierta tensión entre el reconocimiento de que «no debe hacerse una cosificación de lo sagrado atribuyendo una sacralidad a las cosas en sí mismas» y el de «el querer de Dios» que «instituye determinadas realidades y ritos como vía de acceso a esa relación» a la cual eleva al hombre. De cómo se entienda la «institución» por parte de Dios —tema que no se aborda— depende en buena medida la interpretación. Por otra parte, se subraya el elemento de continuidad y superación del culto del NT con respecto al AT, mientras que «una acentuación de la novedad que implica la revelación cristiana» se considera que redundaría frecuentemente en una minusvaloración de lo sagrado. Completa esta primera parte una reflexión sobre «Secularidad, secularización, secularismo» y otra realizada a partir del documento católico-luterano *Iglesia y justificación*, en la que plantea una serie de interrogantes y considera que el punto fundamental de separación está en la doctrina de la justificación.

La segunda parte del libro lleva por título «Vocación laical, secularidad, santificación del mundo», con siete capítulos en los que a veces se acusa la reiteración. El punto de partida está en la consideración del término «laico» como «específico», tomando una definición de Alvaro del Portillo según la cual «es una de las formas o concreciones posibles de la vocación cristiana» que se caracteriza por «la secularidad». LG 31 y ChL constituyen el núcleo en torno al cual gira la reflexión, en la que se echa de menos una contextualización incluso dentro de la significación global de LG y su capítulo II. Tanto la «teología de la liberación», como la «teología de los misterios» y la «teología del cristiano» aparecen como responsables de una disolución de «la distinción entre jerarquía y fieles». En este sentido, se alude en varias ocasiones al texto de Congar, «Mi camino», en *Ministerios y comunión eclesial*, sin entrar en su contenido, que implicaría una respuesta más fundamentada a la dualidad de términos en la que se sitúa el autor. Por el contrario, éste niega en repetidas ocasiones el mantener un dualismo según el cual al laico le correspondería la tarea en el mundo y al sacerdote las actividades eclesiales, pero en realidad toda su reflexión conduce a una acusada dualidad: así, acentuando mucho la actuación del laico

en el mundo, la dimensión comunitaria queda reducida a un sustento y una recepción, y la corresponsabilidad (término ausente) eclesial a una «eventual colaboración en tareas eclesísticas» o a meras «suplencias». Por otra parte, junto a la valoración positiva del mundo y en la tarea de santificación del mismo, se echa de menos el dato de la conflictividad y de la necesaria transformación de las estructuras: se pone el acento en el valor de la vida ordinaria, pero entre la santificación personal y la del mundo no parece haber dimensiones propiamente sociales. En realidad esto es fruto de una ausencia que mencionaremos más adelante y de la prevención contra «la tendencia a concebir la Iglesia como una comunidad que verifica su autenticidad en la transformación de las estructuras sociales» (frente a la cual se afirma el sentido trascendente de la misión).

La tercera parte, «Vocación e identidad sacerdotales», adolece del mismo defecto que la anterior: se asumen las críticas al esquema «Cristo → sacerdote (depositario de los poderes sagrados) → comunidad (construida desde esos poderes)» —sin aludir aquí para nada a la revisión del propio Congar, antes mencionada en el origen de la teología de los ministerios—, pero no se ve cómo el autor escapa a este esquema: la propuesta consiste en partir de Cristo, único mediador y en afirmar que el presbítero vive y sirve a la Iglesia y se ordena a la vida cristiana; pero ello no significa la superación de lo anterior. Del mismo modo afirma la necesidad de situar al presbítero en el interior de la comunidad cristiana, pero ocurre que la reflexión no aborda las relaciones más concretas del presbítero en la comunidad y en la Iglesia (aunque se mencionen algunas de sus actividades), sino que aparece puesto en relación demasiado genérica con la Iglesia y el mundo, y situado sobre todo como transmisor de la gracia. Si bien su misión se ordena a edificar la comunidad en Cristo, ello aparece un tanto reducido al carisma de gobierno (la concepción de servicio está presente, pero demasiado asociada al modo de ejercer, al talante o la virtud) y a la vida sacramental (con una exaltación de las normas litúrgicas que ayuda a identificar dónde están los acentos del primer estudio); aparece repetidas veces la actuación *in persona Christi capitis*, pero no *in persona Ecclesiae*, con las advertencias contra la identificación como «simple representante de la comunidad». El autor se manifiesta contra la clericalización, pero defiende la existencia del clero como «estamento social», pues considera legítimo y necesario que los miembros de la jerarquía se distinguan del resto de la comunidad eclesial «no sólo por razón de la función, sino también por su *status* social».

Por último, nos referimos a la ausencia que mencionábamos más arriba: lo que Congar llamaba «el sentido concreto de Iglesia». En efecto, si bien hay un deseo de mostrar el valor «personal» de la experiencia cristiana, tanto el laico como el sacerdote aparecen situados ante la Iglesia entera y el mundo entero, porque no queda suficientemente explicitado lo comunitario concreto (no tiene entidad en sí mismo, más que como lugar cultural y de sostenimiento de la acción hacia fuera), laguna que explica un cierto tono general de individualismo: la vida cristiana se identifica con la santidad personal, y la misión del sacerdote (sólo un estudio se refiere al «presbítero») como servicio a ésta poniendo de manifiesto su origen en Dios. Del mismo modo que en el plano de la acción en el mundo no hay referencia a lo social, a lo estructural, ni a las relaciones en estos ámbitos, tampoco en lo eclesial se aborda lo comunitario concreto, lo estructural, las relaciones más allá de las actitudes y las virtudes. Y es significativo

que predominan las advertencias de los riesgos de clericalización de los laicos y de disolución del presbiterado en el laicado, pero a este respecto sólo se formula un equilibrio genérico, dentro de la clara delimitación de ámbitos en nombre de la especificidad de las vocaciones.—M.^a JESÚS FERNÁNDEZ CORDERO.

NORBERTO ALCOBER, *Salir de la burbuja... Para vivir hoy en plenitud la Vida Religiosa Consagrada* (Cuadernos Confer 24), Madrid 2002, 55p. ISSN: 1135-4429.

La reflexión que Norberto Alcover nos ofrece en estas páginas es un análisis de la situación en la que hoy se encuentra la vida religiosa, y al mismo tiempo una interpelación que afecta, en primer lugar, a los propios religiosos, pero también a todos los que aman de corazón a la Iglesia. Salir de la burbuja es una metáfora valiente, que significa «el cúmulo de realidades en que la Vida Religiosa Consagrada permanece encerrada para evitar su necesaria confrontación con la vida real» (p.5). La tensión interna de la vida consagrada es algo consustancial a una forma de vida que pretende salir del mundo sin dejar de estar en él. Pero es indudable que en los tiempos presentes esa tensión se ha hecho más aguda, hasta provocar un peligroso enclaustramiento.

Para exponer el problema el autor analiza los dos polos que crean la gran tensión. En primer lugar resume las «realidades sustanciales de la VRC», es decir, aquellos contenidos «irrenunciables», que constituyen su fundamento y esencia. De forma clara y con terminología actualizada se nos recuerdan las notas comunes a toda vocación religiosa: la llamada, la respuesta, el compromiso y el seguimiento radical de Cristo al servicio de la Iglesia, que se realiza en las mediaciones vinculantes de los tres votos. Frente a este polo se plantean las «provocaciones históricas inesperadas», entendiendo por históricas no las peculiares de los tiempos pasados (que también las tuvieron), sino las que son propias de nuestro tiempo. La enumeración que se hace de estas provocaciones o retos es muy acertada, tanto en la selección como en la forma escueta en que se explican. Los retos a la vida religiosa provienen de fuera y de dentro, es decir, del ambiente secular de nuestro mundo, y de las tendencias imperantes dentro de la Iglesia.

Las provocaciones desde fuera se resumen en diez realidades, con sus correspondientes contrapuntos, que son como otros tantos aldabonazos que apabullan a los espíritus y les impulsan a encerrarse en la burbuja, en vez de afrontar con valentía los signos de los tiempos. El conjunto de las provocaciones mundanas se resume en una secularización que desemboca en el laicismo, creador de una atmósfera «que margina a Dios como realidad innecesaria y a demoler» (p.26). Las provocaciones procedentes desde dentro plantean dificultades aún mayores, pues se trata de laudables orientaciones y movimientos impulsados por la misma Iglesia. El autor los resume en cinco apartados: la promoción del laicado en el Vaticano II, la aparición del feminismo religioso, el advenimiento de las asociaciones laicales, la disminución de las vocaciones a la vida religiosa, y el deslumbramiento de las organizaciones no gubernamentales. A nuestro juicio no todos estos desafíos